

sión, arriesgándose a emitir interpretaciones más matizadas. Parece ser que ahora abriga proyectos más ambiciosos para desenvolver desde la sólida plataforma que su trabajo le ofrece. En cualquier caso, estamos ante un estudio de interés indiscutible. ■ E. G. R.

## España es diferente

La colección de Kairós "069" fue presentada por el escritor catalán Jiménez Frontin hace algunas semanas en la librería Cultart como plataforma de nuestros "cazadores de mitos". Los primeros libros incluidos en esta serie han respondido a tal intención: "el Manifiesto subnormal", de Manuel Vázquez Montalbán; "Y fueron felices comiendo perdices", de Nuria Pompeya; "El sadismo de nuestra infancia", de Terenci Moix —obra con la cual, al parecer, ha habido recientemente un problema, ya superado—, justifican suficientemente los presupuestos de los promotores. Pero "El complejo de derecha", último título, se escapa a los propósitos planteados en el proyecto. Sus autores, J. Plumyene y R. de la Sierra, llevan a cabo una divertida parodia sobre el "hombre de derechas" francés, símbolo, según la editorial, de la Derecha de la Comunidad Económica Europea. Nada tiene que ver, sin embargo, con nuestro hombre de derechas que, aparte de estar situado en un contexto muy diferente, lo cual es obvio, constituye el resultado de una historia ajena por completo a la del continente y no puede ser identificado, de ningún modo, con el tipo definido en este provocativo libro. Provocativo, se entiende, para el lector de París o de Bruselas, pero ineficaz, pensamos, en nuestro meridiano. A través de una descripción del conservador neto y del otro, del camuflado, Plumyene y La Sierra, desarrollan una crítica a fondo de toda una sociedad, de sus costumbres, debilidades y manías. De la sátira no se salvan los personajes de la izquierda oficial francesa, desde Sartre a Louis Aragon. Pero, ¿qué tiene que ver este brillante ejercicio pulverizador con nuestro contorno? Este modelo, freudianamente establecido —sin que el propio método se libre de la intención paródica de los autores—, no sirve para explicar y entender a nuestro hombre de

derechas, y, mucho menos, para combatirlo. Sirve, sí, para marcar las enormes distancias que nos separan cultural y socialmente de nuestros vecinos. A nivel superficial pueden encontrarse semejanzas, y hay, sin duda, una homogeneidad en los gustos, las costumbres, los tics, si consideramos apresuradamente el contexto en que vivimos. Pero el esquema de valores que prima en nuestra sociedad no tiene ningún parecido con el impugnado en este libro. No debemos, desde luego, adoptar una actitud grave y sesuda para decirlo, pero pensamos, sinceramente, que son más válidos, a nivel europeo, los títulos de la colección ya mencionados —todos de autores españoles— que este particularísimo análisis de la derecha francesa, presentado como "incitante y lúcido" por la editorial catalana que nos lo sirve. ■ E. G. R.

## Religión

J. Daniélou, S. J., y J. P. Jossua, O. P.: "Cristianismo de masas o de minorías". Editorial Sígueme, Salamanca. 150 páginas.

El padre Daniélou —hoy cardenal— mantiene en la Iglesia una serie de posturas que son conservadoras. Pero las dos más decididas son su inclinación, casi a ultranza, por el autoritarismo, como si todo se viniera abajo de no creer en un clericalismo renovado, pero todavía demasiado autoritario. Y la segunda es su atracción por una religiosidad de masas. Esta última es la que discute en el libro entre un dominico abierto, el padre Jossua, y este jesuita cerrado, tan traído y llevado por la prensa. En un diálogo vivo, se plantean ambos los «pros» y «contras» de sus posturas.

José M.ª González-Ruiz: "Marxismo y cristianismo frente al hombre nuevo". Editorial Maravilla-Fontanella. Madrid-Barcelona. 233 páginas.

Este libro «recoge un texto, renovado y puesto al día, ya anteriormente publicado», dice en nota introductoria. Pero la renovación es tan importante que el libro tiene plena actualidad. González-Ruiz es demasiado conocido, por su especial competencia en el diálogo marxista-cristiano, para necesitar que se alabe su obra. Creyentes y no-creyentes encontrarán en este libro —y en los demás suyos— motivos de seria reflexión para centrar

el tema, y aprenderán cómo debe ser tratado este difícil diálogo que, diría yo, está sólo empezando. Y si tiene perspectivas positivas es gracias a pioneros como González-Ruiz.

D. Bonhoeffer: "Resistencia y sumisión". Editorial Ariel, Barcelona. 285 páginas.

El libro básico que hizo descubrir la profundidad y actualidad de este pastor y pensador protestante que supo vivificar la teología, y darnos una versión modernizada de la misma. Los grandes temas de la teología tradicional perdieron con él esa seriedad abstracta y aséptica que tenían y que hoy han empezado a ser vividos por el hombre actual. Desde su prisión, en una cárcel nazi, nos da sus reflexiones comprometidas, vivas y personales, que han sido profundizadas más tarde por sus muchos discípulos. Y esa experiencia suya fue el punto de partida de su propia y renovada teología; de una teología que él no pudo completar, pero que sus discípulos se han encargado de ir elaborando más o menos acertadamente. ■ E. M. M.

## CINE

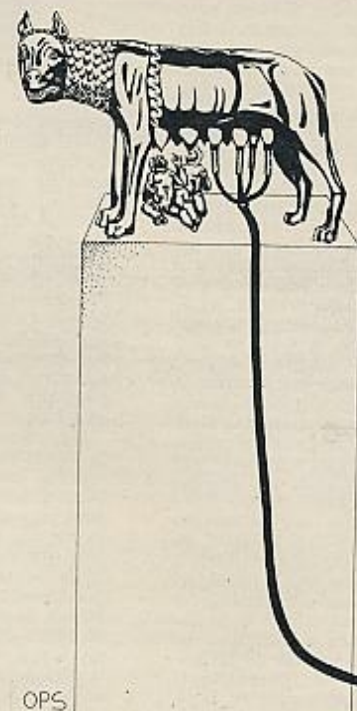
### «Levando anclas», un falso musical

Como respuesta a una forma de vida la comedia musical nace intentando, a partir de un anarquismo, en cierto modo ingenuo, crear una nueva manera de concebir la existencia. En ella, lo excepcional se transforma en cotidiano, lo irregular en regla, lo fantástico e inverosímil en posible y lógico. A través de la música, de sus bailes y canciones, en la comedia musical se ofrece la posibilidad de una vida "a pesar de todo" feliz. No se trata de ilustrar con números musicales una historia normal. El contexto general de la película ofrece ya una línea fantástica de la que esa ilustración musical no es más que una natural consecuencia. Si un señor canta o baila en

## OPS



OPS



OPS

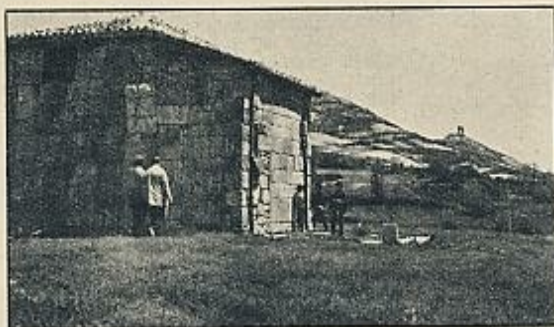
## VOLVER SOBRE ESPAÑA

Cuando se marcha por la carretera de Burgos a Soria, dejamos atrás el cruce de Sarracín —donde está enclavado el bello palacio renacentista de la Saldanuela— y, poco después, dejamos atrás también la hermosa torre señorial de Olmosalbos. Luego de pasar Hontoria de la Cantera —de donde es fama que salió la piedra que sirvió para edificar la catedral de Burgos— y algún que otro enclave, dejamos a nuestra derecha un pueblo absolutamente abandonado: Mazariegos. Un poco más allá, a la izquierda, hay un camino tosco, al lado del cual hay un cartel indicador:

### Quintanilla de las Viñas. Ermita visigótica del siglo VII

Cuando tomamos el camino, nos encontramos a poco menos de cuatro kilómetros de la ermita que buscamos, y estamos ya en plena región de Lara —«el alfoz de Lara», como dicen las viejas crónicas de Castilla— y allá al fondo se divisa un viejo muñón ciclópeo de una antigua edificación. Los naturales del país, siguiendo el impulso legendario, dicen que esos son los restos del castillo de los Siete Infantes. Pero no: la edificación, cuyos restos siguen horadando los siglos, parece que es mucho más antigua, de los tiempos precristianos, aun cuando es cierto que preside, como un signo heráldico, tanto el pueblo de Lara de los Infantes como el de Quintanilla de las Viñas, que vamos a atravesar, y muchos otros lugares de todo el «alfoz». Quintanilla de las Viñas, cuando yo la visité por primera vez hace unos años, no tenía luz eléctrica, aun cuando sus naturales de cierta edad recordaban haberla tenido hacía unos años. Recuerdo que, entonces, no había más que tres rótulos en todo el pueblo: uno, inevitable, donde se anunciaba cierto insolente bebestiajo; otro, no menos insolente, escrito en caracteres paleocretos sobre la pétreo edificación campesina, que decía: «¡Vivan los quintos!», y por fin, otro, cuya insolencia, sin duda, estaba atemperada por un cierto humor rural, que, sobre una edificación casi ciclópea y casi ruinoso, rezaba así: «Gran baile». Todo lo demás era una tenue sinfonía de calles extremadamente irregulares, todas pétreas, de sonidos pastoriles, de olores vegetales, y uno, no sabe por qué, acaso por aquel rótulo caminero, tendía siempre de manera natural a identificar a aquellos potenciales consumidores del brebaje y posibles bailarines del gran baile con súbditos naturales y vivientes del rey Gundemaro. El único que se salvaba de aquella asociación histórica intempestiva era, paradójicamente, Jesús, el guarda —o mejor dicho, «el conservador»— del monumento visigótico, el hombre que tiene las llaves y acompaña al visitante a ver la ermita. Jesús es uno de los mejores ejemplares de conservador de este tipo de monumentos en Espa-

ña. El ha trabajado muchas veces en expediciones arqueológicas, bajo órdenes profesoras, por estas tierras pródigas en arqueologías. El sabe lo que se trae entre manos. Pero reserva discretamente su sobria erudición sólo para cuando hace falta: cuando se le pregunta o cuando cree que debe rectificar una apreciación errónea del visitante. En esas ocasiones es discreto, sobrio y preciso. Jesús sabe mucho más de lo que dice, pero no dice



más que lo que es necesario decir... Yo he vuelto muchas veces por esta Quintanilla durante estos últimos años. En este tiempo, hay que anotar en el haber del pueblo dos cosas: la luz eléctrica y un nuevo rótulo para su colección: «Turismo». Campea a la puerta de la casa de Jesús, el hombre de la llave. Ya volveré también sobre este Jesús, porque tiene cosas que contarnos. En esta ocasión, quiero sólo que nos acompañe a la ermita, que está situada en un alcor, como a medio kilómetro del pueblo, en la falda de un monte.

Debió haber viñas, hace siglos, en la tierra pastoril y esteparia que rodea al monumento. Ya no queda nada de ellas. También pareció que hubo una comunidad de monjas en lo que fue iglesia y que hoy no es más que ermita dedicada a la patrona de estas tierras, pues viejos documentos de los siglos IX y X hablan de ello. Hoy, lo que queda de Santa María de Quintanilla de las Viñas —o de Santa María de las Viñas, como se la llama por aquí— es sólo la cabecera —el ábside

de rectangular y el crucero— de lo que fue una iglesia de planta basilical... Fuera de ella, los arqueólogos han señalado la línea de todo su viejo perímetro edificado.

Pero lo que queda sirve, de alguna manera, para hacerse una idea de lo que fue la cultura visigótica... sobre todo, la cultura figurativa de los tiempos visigóticos. Dentro, un gran arco de herradura, el típico arco de herradura de los visigodos hispanos, establece la comunicación entre el crucero y el ábside. Descansa sobre cimacios improvisados —que, sin duda, fueron piedras de otro lugar— y sobre columnas de procedencia romana. Sobre esas piedras campean, como emblemas heráldicos, las representaciones de «El Sol» y de «La Luna». Abajo, y en piedras sueltas, otras

toscas representaciones presentan entre ángeles al barbado «Cristo en majestad» y al desbarbado «Salvador»... Se nota en todas esas representaciones, como en la orla de racimos y aves heráldicas del arco, la huella lejana y la interpretación tosca de Bizancio. Esa misma huella se advierte también en la doble —y a veces triple— cenefa ornamental de racimos y aves que rodea por fuera el ábside... Pero...

Pero es una ermita de finales del siglo VII. Es decir, es una de las más arcaicas, de las más viejas iglesias españolas.

Uno quería buscar los nexos que unen a estas piedras con los habitantes de la comarca... Imposible, el recuerdo no puede llegar a tanto. Pero no deja de ser extraño, no deja de ser misterioso, esa especie de huella de la esplendorosa cultura de una ciudad —Bizancio asentada allá en las orillas del Bósforo— en esta tierra de pastoreo, de esquilas bucólicas, asentada sobre un solar estepario que antes fue de viñas... ■ J. M. MORENO GALVAN (Foto: PHOTO-CLUB, Burgos).

una plaza pública, nada se habrá roto en la línea de la narración, sino que, desprendiéndose de ello, los transeúntes participarán felices en la espontánea explosión del personaje central, bailando y cantando a su vez. El argumento de la película, generalmente rosa y sujeto a los más ortodoxos principios de relación entre los hombres, adquiere, en el ritmo en que se narra la historia y con esa ya distorsionada y nada común psicología de los personajes, una dimensión insólita que la hace llegar a conclusiones insospechadas.

Sin embargo, también es posible mantenerse en la parte más superficial del género. Y entender que todo él no es sino un truco comercial para introducir en una película un sugerente número de ilustraciones musicales que el público agradece. Así, en «Levando anclas», de George Sidney, estas ilustraciones aparecen explicadas por una no siempre afortunada lógica, pero que acaba por destrozar la función de las mismas. Si los personajes cantan y bailan es porque lo hacen muy bien y alguien les pide que lo hagan, o porque se trata de seducir a un músico famoso que aparece de vez en cuando dirigiendo su orquesta o porque Gene Kelly cuenta una historia a unos niños en la que, ya entendida la mentalidad infantil, puede parecer natural que la historia se narre en clave musical.

«Levando anclas» es una película que hoy aparece a la sombra de los clásicos del género —Kelly, Donen, Minnelli...— sin que pueda ni sepa aportar nada nuevo ni importante a su continuidad.

En España, la comedia musical tuvo su secuela. Y en lugar de las grandes obras que se realizaban hace veinte años en Hollywood, el público prefería la lógica aplastante de Juanita Reina que, como Kathryn Grayson en «Levando anclas», cantaba porque quería ser artista. Es ahora cuando el género original tiene entre los españoles una mayor aceptación. Y llueven las reposiciones, o los estrenos del momento sin que por eso se estén cubriendo los baches de importación que hace años se dejaron. Como pérfido castigo a su intemporalidad, el español debe ver hoy las películas de entonces remozadas en ampliaciones a 70 milímetros que, proyectadas en pantallas insuficientes, le impiden ver los pies de Gene Kelly cuando ésta baila, o los ojos de una actriz cuando está fotografiada en primer plano ■ D. GALAN.